

Trabajar y comprometerse por el futuro de esta región

Carmelo Angulo*

La primera vez que recibí en mi despacho a los organizadores de este encuentro pensé que estaban locos, porque estaban intentando alumbrar un proyecto bastante imposible. Luego me di cuenta de que ojalá hubiera muchos locos como ellos, emprendedores con capacidad de iniciativa. Les animé, porque me di cuenta de que había una fuerza muy poderosa dentro de lo que creían. Creo que este encuentro es importante que se celebre, y creo que sería muy importante que hubiera centenares de encuentros como éste en los países, entre los actores sociales, porque yo provengo de un territorio europeo donde la calle está avejentada y, a veces, las ideas están también avejentadas. Es una maravilla vivir en esta región—como yo vivo hace ya casi veinte años—donde casi la mitad de la población tiene menos de veinticinco años y hay una creatividad, un impulso, una espontaneidad que me parece que es el fuego capaz de producir los cambios. Creo que, por eso mismo, ustedes tienen unos retos, unas batallas y una desesperanza al mismo tiempo que es importante intentar canalizar.

En el año 2002 yo estaba en Argentina. Recuerdo que se encargó una encuesta sobre la juventud a una compañía muy importante y salió algo así como que el setenta y siete por ciento de los jóvenes pensaban que iban a vivir peor que sus padres. En otros países de América latina esta encuesta sería insultante porque, posiblemente, muchos hijos dirían que sus padres vivieron mal y que el futuro de ellos también es muy oscuro y triste. Por eso quiero hacer unas reflexiones, desde mi experiencia de casi veinte años continuados en América latina, con hijas nacidas en América latina y familia en la región.

* Carmelo Angulo es embajador de España en Argentina. Discurso pronunciado el 27 de octubre de 2006, en el edificio central de Correos de Buenos Aires, con ocasión de la I Cumbre de Jóvenes Iberoamericanos.

La primera reflexión es que, si bien el mundo es de los jóvenes, tienen que ganárselo. Nadie se lo va a regalar, hay que ganárselo. Ésta es una frase que puede parecer muy agresiva, pero me parece fundamental. La pregunta es cómo hacerlo en un mundo taponado y lleno de barreras para los jóvenes, con unas circunstancias de muy difícil acceso al trabajo, a la política y a los puestos de responsabilidad. Decía el presidente de la Unión Europea, Jacques Delors, en uno de los informes sobre la educación en el siglo XXI—quizá uno de los mejores informes que yo he leído en el seno de las Naciones Unidas—que un joven que hoy tenga entre veinte y treinta años tendrá, en los próximos cincuenta años de su vida, que cambiar de trabajo, posiblemente, entre seis y siete veces. Cada cuatro o cinco años tendrá que reciclarse, aprender a aprender y aprender constantemente. Por lo tanto, la movilidad—ganarse el acceso al empleo, a la política—es una actitud que hay que reivindicar.

Hay cuatro temas fundamentales que, según mi experiencia, deberían discutirse en un encuentro como éste. Lo primero es que creo que hay una obligación moral de movilizarse. Movilizarse no quiere decir tener que trabajar en política según las perspectivas tradicionales. Hay muchas formas de participar y de movilizarse: a través del voluntariado, a través del sistema educativo, a través de las redes de jóvenes, a través del principio de una crítica constructiva de cada uno y cada una en sus propias sociedades. De acuerdo con ese mismo informe que mencioné antes, un joven que estudie entre diez y once años en el sistema educativo tiene casi garantizado un puesto de trabajo, y hay millones de jóvenes en América latina que no pasan de la primaria en el sistema educativo, por lo tanto este primer principio de la movilización es muy importante.

El segundo punto es una discusión que yo he tenido en América latina durante muchos años: la distinción entre el espacio público y la política. Hay una especie de confusión sistemática entre lo que es la política y lo que es el espacio público. La política profesional—parlamento, partidos, instituciones—es una cosa que pertenece a aquellos que tienen una vocación, un compromiso, que deciden afiliarse a una fuerza política. Pero existe el espacio público, que es de todos, allí donde podemos opinar, donde los intereses públicos y privados nos afectan, y donde yo creo que estamos dispuestos a movilizarnos: cuando se discute

por dónde pasará una autopista, cuando un proyecto va a afectar a nuestro medio ambiente, cuando está produciéndose un debate sobre una política pública que afecta a la ciudadanía, los impuestos, cualquier tema que pueda ser relevante para los ciudadanos. El espacio público es de todos, pero le tenemos miedo porque quizás la política lo ocupó en el pasado. Ese espacio público pertenece enormemente a la ciudadanía pero, si ustedes no se movilizan para ocuparlo, lo ocuparán la política u otros intereses que realmente no son los más apreciables para la vida política y social de un país.

El tercer mecanismo que me parece fundamental es vivir, promover y expandir una cultura de paz. La cultura de paz tampoco se aprende ni se nace con ella; es una cultura que hay que vivirla, promoverla, difundirla y, a veces, defenderla con sudor y lágrimas. Y eso pasa por promover una cultura en diferencia, una cultura de diálogo, de concertación y de tolerancia, incluso para abordar el pasado. Decía nuestra Secretaria de Estado para Iberoamérica, Trinidad Jiménez, ante una pregunta muy aguda de un periodista sobre cómo se había cerrado el tema del pasado en España, que «puede ser bien o regular, quizás el tema no esté cerrado del todo, pero también nosotros discutimos y nos ponemos de acuerdo sobre cómo abordar el pasado». También para eso hace falta una cultura del diálogo y la concertación. El diálogo, la concertación, tener un proyecto compartido de país, poder embarcar a la gente hacia el futuro, es un gran afrontador de futuro, un atajo. El diálogo adelanta tiempo, y cada proceso político que el diálogo produce aloja las mejores ideas, los mejores esfuerzos. Se desperdician generaciones enteras en democracia, que han podido poner lo mejor de su vida al servicio de un proceso político, si cada vez hay que empezar desde cero. Realmente, los tiempos de los cambios son lentos, a veces se transitan con muchísima dificultad y cuesta llegar a objetivos compartidos.

Y, por fin, algo que ha sido dicho aquí también. Hay que utilizar la tecnología al servicio de las personas. La tecnología es un arma poderosa y una de las claves de la globalización, pero también es un arma envenenada. Decía el Secretario General de Naciones Unidas, Kofi Annan, en uno de sus mejores discursos, que la globalización es como un tren de alta velocidad que sólo se detiene en aquellos andenes donde

hay un nivel mínimo de educación, de salud, de institucionalidad, de acuerdos entre los actores, y que, si no, pasa de largo. La globalización está pasando de largo y está dejando fuera a demasiada gente, y hay que atacarla, entenderla, mejorarla y utilizar sus instrumentos en favor de la gente.

Yo les doy a todos mucho ánimo en esta tarea y les pido que sean irreverentes, porque hay que ser irreverentes frente a la realidad instalada, frente a las inercias, que son muchísimas. Les pido que sean profundamente irreverentes, en paz y sin violencia; que asuman riesgos. Ésta es la época de los emprendedores como las personas que se tomaron un tiempo para promover este encuentro. Emprendedor es quien toma riesgos—el que no toma riesgos no puede construir para el futuro—y los riesgos, a veces, tienen un coste personal, en tiempo y en comodidad, muy grande. Pero sin tomar riesgos es muy difícil construir un futuro. Hay que actuar con determinación, con compromiso, con permanencia y también, como se ha dicho aquí, con espíritu iberoamericano. Este espíritu iberoamericano tiene una historia compleja, a veces difícil de entender, donde lo español, lo portugués, lo indígena y lo afro-descendiente conforman una paleta enormemente rica de expresiones culturales, de idiomas y de ideas que se pueden compartir en muchos lugares nacionalmente, cosa que ya regionalmente se está empezando a hacer.

Hace unos años, una de las cosas que más me impactó, cuando di clases en la universidad, es que aprendí que queremos cambiar el mundo, pero muchas veces el mundo nos cambia a nosotros, y lo hace desde muy jóvenes, nos desactiva profundamente. Es importante la resistencia, no dejarse ganar por esa desactivación. Yo no estoy desactivado, voy a cumplir sesenta años y estoy más activo que nunca. Uno no se puede dejar desactivar, pero hay demasiados incentivos para desactivarse. Ahí está el reto, la lucha de ustedes, de las personas a las que puedan llegar y de las personas a las que puedan convencer. Hay una cadena invisible de esfuerzos de mucha gente, de millones de personas, que es la que acaba cambiando las cosas. En muchos lugares se han visto cosas inimaginables, que parecían imposibles, pero esos cambios se acaban produciendo, aunque sorprendan. Yo les invito, con determinación, con irreverencia, pero desde una cultura de paz, a trabajar y a comprometerse por el futuro de esta región, que es algo que les gratificará.